

El mundo del revés, donde toda diferencia se torna semejanza

Daniela Elisa Alvarez (USAL)

El presente trabajo se encuadra en el marco de una investigación que se titula “Retórica y política, la función ontológica de las figuras del discurso”. Dicha investigación se centra en el análisis de los efectos políticos de las figuras retóricas. Nos preguntamos si la función de las figuras puede ir más allá del mero ornato estilístico.

Con miras a tal fin, se tomará la figura de la reversibilidad, propuesta por la neoretórica¹, para llevar a cabo una comparación con los manuales de retórica clásica, buscando deducir de ella los efectos de sentido que determinan la configuración del espacio público político.

Se partirá del análisis del texto *Figuras* de Genette, más precisamente los capítulos de las *Figuras* y del *Universo reversible*, en pos de contrastarlo con las retóricas de Dumarsais y Fontanier.

Las figuras y los tropos en la retórica clásica

En el tratado de *Los Tropos* de Dumarsais un tropo indica una mudanza, un traslado del sentido propio de una palabra al sentido figurado. El sentido propio sería la figura natural, la primera significación de la palabra. Mientras que el sentido figurado sería la forma prestada a través de la cual la palabra adquiere un significado diferente para el que fue establecida. Nos dice Dumarsais que el conocimiento de los tropos nos es de utilidad para comprender el arte de hablar y de escribir. Esto da cuenta de que habría un recto decir, el cual podría ser conocido a partir del estudio de las figuras. Las palabras tendrían una significación natural que puede verse desviada a partir de empleo de ciertos tropos.

Al hablar de ideas principales e ideas accesorias, Dumarsais hace referencia a un orden jerárquico inmanente. Según él, habría una taxonomía fija de figuras que serían las encargadas de expresar un recto decir.

Dumarsais enumera una serie de usos y efectos de las figuras. Por un lado, los tropos dan más energía a nuestras expresiones, es decir, que recurriendo a las ideas accesorias nuestras percepciones pueden ser descritas mas vivamente. Por otro lado, sirven para adornar el discurso, puesto que el sentido figurado es más seductor y persuasivo que el sentido propio o literal.

Otra función de los tropos es hacer que el discurso sea más noble, suscitando en nosotros sentimientos de admiración. Las figuras también enriquecen la lengua, ya que multiplican el uso de las palabras dándole una nueva significación. En el caso de los eufemismos se encargan de disfrazar ideas duras, tristes y desagradables. En el caso de las catacresis van a suplir los términos que faltan.

Todas estas funciones tienen que ver con nobles vestidos, adornos y disfraces que visten el discurso embelleciéndolo y enriqueciéndolo. Habría una verdad objetiva, un recto decir, un recto escribir y un recto vestir. Y todas las figuras que no tuviesen tales empleos serían consideradas defectuosas, en tanto producen efectos defectuosos, es decir, desvíos del recto decir. Los tropos habrían de emplearse en el momento justo y en la cantidad apropiada. Según Dumarsais, debemos servirnos de los tropos cuando se presentan naturalmente a nuestro entendimiento. Hace hincapié particular en el mal uso de las metáforas, las cuales deben responder a una relación natural y no deben ser nunca forzadas. Tampoco tienen que sobreabundar en el discurso.

¹ Cuando hablamos de neoretórica nos referimos a la relectura del siglo XX de la retórica clásica, sobre todo a partir del Tratado de la argumentación de Perelman.

Sin embargo, el hecho de que las figuras sean consideradas ornatos del discurso ¿no nos habla, acaso, de una intención subyacente a la elección de las figuras? No existe un punto de vista objetivo que responda a la totalidad, sino que hay diferentes puntos de vista que nunca pueden dar con la completud del objeto. Cada punto de vista busca la adhesión del público y para ello necesita persuadir. Intentar persuadir al otro adornando el propio discurso se hace en pos de la adhesión a un punto de vista subjetivo que se encuentra en una determinada posición y esa posición siempre es política (Véase Said, 2014, p. 31).

Dumarsais reconoce varios tropos como la metonimia, la sinécdoque, la metáfora y la ironía, entre otros. Sin embargo, la reversibilidad como muchas otras figuras no forma parte de su repertorio. Incluso no queda claro si la catacresis es considerada un tropo o queda identificada con el abuso y la extensión del sentido. También aclara que la antífrasis, la contra verdad, no es aceptada por algunos gramáticos, puesto que nombrar a una cosa por su contrario se opone al orden natural.

Pasemos ahora al análisis de *Las figuras del discurso* de Fontanier. Su estudio se basa en las figuras, que no son tan generales como el discurso, ni tan particulares como los tropos.

Es relevante aclarar la distinción que hace Fontanier entre figuras y tropos. Mientras que los últimos hacen referencia al cambio de sentido de una palabra; las primeras pueden darle más vivacidad, nobleza, o gracia al discurso pero sin cambiar su sentido.

La preocupación fundamental de Fontanier es la de definir el concepto de figura lo más rigurosamente posible. “Las figuras son las formas, los trazos o los giros más o menos notables y de un efecto más o menos feliz, por los cuales el discurso, en la expresión de ideas, de pensamientos o de sentimientos, se aleja en mayor o menor medida de lo que hubiera sido la expresión simple y común.” (Fontanier, 1968, p. 64). Las figuras son consideradas como un desvío de la expresión simple y común. Ahora bien, para que exista un desvío, debe haber una norma de la cual se aleja. Se admite, entonces, la existencia de un recto decir, al igual que veíamos con Dumarsais.

Fontanier realiza una justificación de su sistema basado en un fundamento racional. Lo que propone es una taxonomía razonada, que sería, en palabras del propio Fontanier, una clasificación simple, natural, exacta, luminosa y completa.

En esta clasificación, analiza primero las figuras que son tropos, es decir, las figuras que consisten en el sentido desviado de las palabras que se aleja del sentido propio y literal. “Los tropos son ciertos sentidos relativamente diferentes de los sentidos primitivos, que ofrecen, en la expresión del pensamiento, las palabras aplicadas a nuevas ideas.” (Fontanier, 1968, p. 39).

Para conocer los diversos sentidos, Fontanier supone una relación necesaria entre el pensamiento, compuesto por ideas, y la expresión del pensamiento, compuesta por palabras. Habría, así, una relación de correspondencia entre las ideas y las palabras. Esto implica la existencia de un fundamento subyacente capaz de explicar todo lo real que me permita elaborar un sistema sin pérdida, en el cual el pensamiento pueda corresponderse totalmente con su expresión. En la expresión del pensamiento, es decir, en la proposición, se van a enunciar los elementos lógicos a partir de los elementos gramaticales. Estos últimos son el sujeto, el atributo y la copula. De la existencia de un fundamento racional, que permite que la verdad aparezca como correspondencia, va a derivar un sujeto cerrado que funcione como sustento y soporte de los atributos. Pero como indicamos anteriormente, el sujeto no es un sustrato, no es una sustancia cristalizada, sino que es posición. Y este sujeto como posición da lugar a una nueva retórica sin norma ni desvío, es decir, sin fundamento previo.

Para Fontanier hay una relación verdadera entre la expresión y la idea o el pensamiento. Y es a través de las figuras que se puede dar cuenta de esta relación. Por lo tanto, el conocimiento de las figuras es considerado por Fontanier tanto útil como necesario.

Al igual que Dumarsais, Fontanier analiza los efectos de los tropos en el caso de que sean bien empleados. Los tropos le dan al lenguaje más fuerza y dignidad, más concisión y energía, más interés y encanto.

Pero ¿Cuándo se puede decir que un tropo ha sido bien empleado? Según Fontanier, para utilizar correctamente los tropos habría que considerar el tema. También habría que tener en cuenta que los tropos convienen menos a la prosa que a la poesía, puesto que mientras que la prosa tiene por objeto la verdad real, fija e invariable, la poesía tiene por objeto la verosimilitud, que no busca persuadir, ni convencer, sino que busca agrandar, por eso colorea su lenguaje para agitar la sensibilidad y la imaginación. Aquí, se hace hincapié en el uso de las figuras como un desvío del recto decir. Pero ¿acaso la poesía no busca persuadir? ¿Acaso el arte no es también una toma de posición?

Por último, según Fontanier, para que el uso de los tropos sea correcto debe estar subordinado a determinadas reglas prescriptas por la razón y el gusto. Habría entonces una razón universal y un gusto universal. Pero, por un lado, la experiencia misma nos muestra que el gusto no puede ser más que epocal en el mejor de los casos; y, por otro lado, no hay un sentido común natural que sirva como criterio de verdad.

Pasemos ahora al análisis de las figuras que no son tropos. Sus causas son prácticamente las mismas que las de los tropos. La diferencia entre ambas sería que las figuras que no son tropos gozan de otras dos causas adicionales, además de la necesidad, del placer estéticos y las facultades intelectuales. Estas son, por un lado, la sensibilidad orgánica, que consiste en la sensibilidad del alma en relación al oído, el cual es enemigo de los sonidos duros y amigo de los sonidos dulces y fluidos; y, por otro lado, la razón, que tiene por objetivo persuadir y convencer en el discurso. Esto nos acerca a la corroboración de nuestra hipótesis que propone que las figuras tienen un efecto político relacionado con la persuasión y la imposición del propio punto de vista. Si en los tropos, la transformación de sentido hace visible una toma de posición, en el resto de las figuras, esta se puede apreciar a través de su causa racional.

Cuando menciona los efectos, los usos y los abusos, aclara que lo mismo que fue dicho con respecto a los tropos puede decirse de las figuras que no son tropos. Si son empleadas convenientemente, producen un efecto feliz en el discurso, si son mal empleadas producen un mal efecto. La razón y el gusto siguen siendo los criterios que regulan su empleo.

Teniendo en cuenta lo dicho hasta ahora, tendríamos que preguntarnos ¿hasta qué punto se diferencian los tropos de las figuras no trópicas?

Las figuras en la neoretórica

Genette no hace ningún tipo de diferencia entre tropos y figuras. Conserva de la retórica clásica la existencia de un espacio de figurabilidad que es el espacio de la literatura, puesto que hasta el estilo más simple esta ornamentado. El arte del escritor es el que traza los límites de este espacio.

Si bien mantiene la idea de la literatura como un espacio entre dos sentidos, rechaza el código de figuras clásico. Realiza una crítica a los tratados de retórica concebidos como un sistema de figuras, cuyo criterio es la traducibilidad de las mismas. Según él, la función autosignificante de la literatura ya no pasa por un código de figuras.

En el lenguaje hay literalidad. Genette acusa la traducción de las figuras como un acto antipoético. Lo que se dice es lo que se quiere decir, el sentido literal es intraducible. Mientras que en la poesía moderna la palabra es irremplazable por ser literal, en poesía clásica es irremplazable por ser figurada, ya que si se traduce la figura, pierde su carácter como tal.

Esta literalidad del lenguaje da cuenta de la intencionalidad en el empleo de las figuras y de la expresión de un determinado punto de vista en la elección de las mismas. “Diciendo vela en lugar de navío, denoto el navío, pero al mismo tiempo connoto la motivación por el detalle, la desviación sensible impresa a la significación y, por lo tanto, una cierta modalidad de visión o de intención.” (Genette, 1970, p. 244). Es por esto que no podemos pensar, como Fontanier, que las figuras son utilizadas con el mero fin de agrandar, sino que también tienen una función persuasiva y política, incluso en la poesía.

Aboquémonos a continuación al caso particular de la reversibilidad.

El mundo del revés

En el repertorio de figuras de Dumarsais no aparece la figura de la reversibilidad. El hecho de que esta figura no pueda ser considerada denota una rigidez de pensamiento que se traduce en una estrechez del espacio público político. La reversibilidad no es una forma del espacio de figurabilidad, incluso la antítesis esta puesta en tela de juicio por trastornar el orden natural. En la concepción de dicho orden, el mundo del revés no se considera un desvío de la norma, sino que atenta contra la norma misma y contra lo que ésta representa. La ausencia de esta figura en la clasificación de Dumarsais no es inocua, sino que tiene una elocuente significación y la clara intención de mantener un status quo determinado.

A diferencia de Dumarsais, Fontanier si hace mención de la reversibilidad en las figuras de la inversión y de la reversión. Pero estas son estudiadas como figuras que no son tropos, es decir, que no hacen a la transformación del sentido en el discurso, sino que, a lo sumo, lo adornan, lo ennoblecen o lo avivan. La inversión es una figura de construcción, mientras que la reversión es una figura de estilo.

Las figuras de construcción consisten en la combinación y disposición de las palabras. Tienen lugar por una adición, por una supresión, o por una nueva disposición diferente al orden seguido por el uso común. Esto quiere decir que impugnan lo que la lógica y la gramática rechazan como superfluo, o reclaman lo que estas mismas demandan como necesario, o anuncian de un modo diferente lo que indican el recto decir y el recto pensar. A pesar de darle al discurso una nobleza, una fuerza, y una gracia particular, no afectan el sentido de las palabras o de la expresión, por eso no pueden ser consideradas tropos.

Las figuras de estilo consisten en una elección de palabras y su adecuado empleo en la expresión de todo un pensamiento. Se caracterizan por darle a la expresión nobleza, vivacidad y encanto.

La inversión es una figura de construcción por revolución, por adquisición de una nueva disposición derogando el uso ordinario. Consiste en una combinación de palabras que revierte o invierte el orden en que se suceden las ideas en el pensamiento. Como toda figura de construcción, contribuye a energizar y embellecer la expresión dándole fuerza y vida. En caso de no producir tales efectos, la inversión es considerada defectuosa. Uno de los ejemplos que da Fontanier es: *llorando ante su coche querías que me viera*. En este ejemplo se ve la inversión del orden analítico que sería: querías que me viera llorando ante su coche. Habría que ver si se puede seguir sosteniendo que con el uso de las figuras no cambia el sentido de la proposición y habría que analizar si existe una verdadera diferencia entre los tropos y las figuras.

La reversión es una figura de estilo por relación. Esta, por su parte, hace volver las palabras de una proposición sobre sí mismas, con un sentido diferente y en general contrario. Un ejemplo de esto sería: *el sabio es por lo general un loco, el loco por lo general es un sabio*.

A partir del trabajo que realiza Genette, podemos advertir que, en un sistema retórico cerrado, fundado sobre una normalidad aparente, la reversibilidad o la inversión solo se pueden concebir como el reflejo en un espejo. Así, se da una correspondencia total entre el lenguaje real y el lenguaje virtual, es decir, entre lo que se dice y lo que se quiso decir.

Pero cuando el vértigo irrumpe en el sistema y lo desvanece, se introduce una pérdida que imposibilita la correspondencia, la representación total y la traducibilidad. Genette menciona un vértigo cosmológico, producido por el descubrimiento del Nuevo Mundo, y un vértigo metafísico, originado por el doble interior. Ambos pueden ser considerados como un mismo vértigo que rompe el espejo y produce un desdibujamiento entre realidad e ilusión, dando lugar a una ambigüedad reversible. Ya no hay una distinción inamovible entre sueño y vigilia, entre locura y cordura, entre desvío y norma. “Invertidos todos del mismo modo, (los mundos) son necesariamente idénticos y todos los abismos no forman más que uno solo.” (Genette, 1970, p. 20). La reversibilidad ya no se da en un plenum, a modo de reflejo, sino que se da en un vacío, en el cual ya no hay un orden seguro de lo existente.

Conclusión

Las figuras no solo buscan agradar, sino también interesar y persuadir por medios más fuertes y eficaces que los que utiliza el discurso ordinario. Esto es admitido por Fontanier y, sin embargo, no les saca a las figuras su estatuto de mero adorno. Les atribuye a las figuras una función estética que es, a la vez, política, pero no puede dar cuenta de ello. Las figuras no son solo ornatos de estilo, sino que la elección de las mismas connota una intención persuasiva y política.

Si no hay figura como mero ornato, la función ontológica de la reversibilidad va a consistir en asegurar la proliferación de las diferencias ampliando el espacio público político. El eclipse de la razón, en tanto fundamento, va a posibilitar el surgimiento de una retórica heterodeterminada y la emergencia de los excluidos en el espacio de aparición.

La función natural de las figuras en Dumarsais y Fontanier, y su fijeza taxonómica responden a que bajo su concepción retórica subyace un fundamento ontológico que funciona como sustento del orden natural. Tanto Fontanier como Dumarsais sostienen que mediante el estudio de las figuras podemos conocer la forma correcta de hablar y de escribir, es decir, que indagando en el desvío, atisbaríamos la norma. Sin embargo, no existe tal norma, no hay un orden natural de las cosas, ni un fundamento racional que lo sostenga.

En contraposición a una retórica de la belleza y la completud, habría que desarrollar una retórica de la fealdad y de la falta, en la que todo es heterodoxia.

Con Genette ya no tenemos una taxonomía fija y exacta y completa, sino que hay ruptura que da cuenta de la pérdida y que imposibilita una verdad por correspondencia. No hay una verdad real y objetiva, que se exprese por un lenguaje simple, y una verosimilitud, que lo haga de manera figurada. El uso de las figuras no es un desvío del recto decir, ya que este no existe.

En el mundo invertido de Genette, el desvío se confunde con la norma y se borra el límite entre realidad e ilusión. El análisis de la reversibilidad del universo y de la existencia, ya no va a estar basado en el principio de simetría; ilusión y realidad ya no son dos caras de la misma moneda, sino una continuidad. La inversión ya no se da en un universo cerrado e idéntico a sí mismo, sino que va a implicar pluralidad, ruptura y pérdida. El sujeto deja de ser sustancia para pasar a ser posición; y la idea de un adentro y de un afuera va a quedar imposibilitada por esta desustancialización del sujeto y del mundo.

Referencias

Dumarsais (1830) *Los Tropos*, Valladolid, Imprenta de Fernando Santarem. Traducción y notas de D. Santiago García y García.

Fontanier, Pierre (1968), *Les figures du discours*, Paris, Flammarion.

Genette, Gerard (1970), *Figuras, retorica y estructuralismo*, Córdoba, Nagelkop.

Said, Edward (2014), *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo.